

E. Rodríguez Mendoza

## “Savonarola”, por Alejandro Vicuña

### I



**H**ACE algunos meses, fray Jerónimo Savonarola asomó su cara psicopática a la vitrina editorial de *Nacimiento*. Miraba de soslayo, husmeando el tropel trivial y cotidiano. Era algo extraño en medio del estrépito callejero, los avisos luminosos y la musiquilla hostigosa de los tangos. Bien, pero, ¿para qué esta evocación en tiempos de Adviento, cuando la vida actual se agrieta, separando profundamente dos épocas? No se olvide que los hombres andan buscando una nueva organización política, social y económica.

Pienso que el talento penetrante del autor, no ha exhumado al célebre dominico sólo por darse el placer de retornar a Florencia, cuando en las postrimerías del siglo magnífico el Renacimiento abjuraba de la Edad Media, colgando de una cuerda y luego convirtiendo en llama al fraile con cara rígida y ojos de alucinación.

Es el último profeta a lo Isaías y arribó con inoportunidad tan flagrante a predicar sus sermones de Septuagésima y Viernes Santo, que su vida y su cuerpo inflamado acabaron hechos pavesas por tener el poco tino de encapricharse en reformar las costumbres, en los mismos momentos en que la gente se frotaba con el «Decameron» y César Borgia, asistido de Micheletto, destilaba sigilosamente sus afrodisíacos y sus cantarellas: fray

Girolamo venía a encararse con los Médicis y los Borgia. Evoca, pues, dos épocas dimensionalmente diversas, y, a pesar de ésto, nacida la una de la otra, porque sin el cultivo claustral del griego y del latín, tal vez el Renacimiento habría retardado su aparición desconcertante.

Diversidad de épocas quiere decir diversidad de hombres, y, en ese duelo entre lo ojival y el Renacimiento, Alejandro VI representaría a éste y Savonarola al medioevo. Era un apóstol a su manera: fueron doce y con él trece,—mal número,—y sus prédicas de Adviento terminarían en llama, porque, ya entonces, la sogá se cortaba por lo más delgado.

## II

Si fray Jerónimo era un profeta más, Alejandro VI, su antagonista, era Tiberio disfrazado de Papa, según las definiciones de guardarropía clásico-pagana, a que era tan adicto Paul de Saint Victor.

Era natural de Játiva; daría muchísimo que hacer y se llamaba Rodrigo de Borja, nombre corriente que no predecía gran cosa. Sin embargo, tenía buenos puntales y al atravesar a todo lo ancho el Mediterráneo, para ir de España a la Italia del siglo XV, ese nombre, que bien pudo ser el de un descubridor o el de un Virrey, sería acaparado íntegramente por el Renacimiento; se trocaría en Alejandro VI y la eufonía escalofriante de este nombre evocaría escenas de placer y de muerte, como que en esos tiempos se moría del rasguño de un anillo o de un sorbo de vino griego,—procedimientos depurados, como se ve, y que no tenían ningún parecido con las inelegantes pistolas automáticas de ahora.

Sólo los muertos no vuelven más, decía irónicamente César Borgia, salido de los tercetos dantescos y dotado de una consumada impasibilidad de verdugo.

Rodrigo de Borja, padre de César, era sobrino carnal de

Calixto III y empezó a trepar, como quien en plena euforia sube, saltando la escalinata regia que conduce a las habitaciones privadas del Papa: fué arzobispo, cardenal, vicescanciller—tajadas suculentas que le permitieron atesorar mucho dinero, constante y sonante, con que cohechar sufragios temporales, costumbre electoral que se remonta a los cónclaves del siglo XV...

La Ciudad eterna se le había subido a la cabeza; se sintió *papábilis* y decidió arrellanarse en la silla de San Pedro. Prometió el oro y el moro, y, una vez encaramado, vendería mitras, obispados e indulgencias y todas las talegas serían poco para un tragamallas, como César, o para una gran dama, como Lucrecia, en cuyas bodas neopaganas bailarían las cortesanas, como Friné ante sus jueces.

Una vez instalado confortablemente en la silla de San Pedro, fueron suyos todos los dineros, bien o mal habidos; se llamó, rotundamente, Alejandro VI y, como era un padre ejemplar, se apresuró a hacer arzobispo y cardenal a César (el que en el retrato existente en la galería Borghese, tiene una mano de marfil en el puñal, que parece una joya, y la otra en el entallado femenino del jubón de seda negra).

Una vez con la triple corona encastillada en la cabeza, Rodrigo de Borja, se sentó a la mesa renacentista como para no pararse más; se convirtió en el architipo de la Italia del siglo XV y protegió, decididamente, las artes porque era astuto y simoníaco, pero artista consumado, por lo que muchas de sus culpas le serían condonadas.

El Vaticano empezaba a poblarse de mármoles, bronce y manuscritos traídos por los griegos, saturados de Bizancio, que venían escapando de la degollina musulmana.

Todo iba saliendo, pues, al delicado paladar del Papa y la vida era una primavera de Botticelli para él y su dichosa prole. Se sucedían las fiestas presididas por Su Santidad y dirigidas por Buchardi, que era la última palabra en materia de buches, protocolos y ceremonias renacentistas...

César Borgia, el elegante duque de jubón de seda y ojos de cortesana, como que era hijo de la Venozza, administraba la *cantarella*, como quien prepara un *cocktail* pontificio. Infortunadamente, solían equivocarse las copas, los cálices y las personas, y entonces, para concluir luego, y antes que se dejara oír la impertinencia de los gemidos y los adioses supremos, salía a relucir el certero puñal de Micheletto.

A pesar de una vida tan absorbente y de un siglo tan agitado,—un complejo, como se dice ahora,—Alejandro VI tenía entre manos negocios de estado, en que no siempre procedía el uso de la *cantarella* o del escarbadienes de Micheletto. Su Santidad había recibido el honroso encargo de partir por el eje a la América meridional, recién colgada en el mapamundi. La trinchó al azar, asignándole una gran lonja al Portugal y dejó todo el resto del pernil para los Reyes Católicos, con los cuales no tardó en concertarse una alianza, cuando Carlos VIII se metió con gran atuendo en Italia. Aparecía la combinación de intereses puramente dinásticos, ya que lo nacional no se conocía aún y la diplomacia, como dice Guizot, más solemne que profundo, cayó al nacer en las manos de los Reyes y los Pontífices.

No faltaba en qué pasar el rato; pero, tampoco faltaban las preocupaciones, porque la verdad es que no estaban tan distantes los tiempos de la pragmática sanción y los Concilios inconciliables...

Desde luego ¿quién era ese frailecillo calenturiento que vociferaba con voz de profeta mayor? Su Santidad se echó al ojo el solideo para ver mejor, y miró hacia Florencia, desviando momentáneamente la vista de las cortesanas encargadas de la importante misión plástica de recoger las castañas arrojadas por el duque de Valentinois entre los candelabros de oro. («*Hommes et Dieux*»).

## III

Ese fraile con nariz de guadaña, que echaba rayos y centellas contra la gentilidad, era la Edad Media enfrentándose con las mujeres con ojos de joya, que llevaban en una bandeja de plata la cabeza exangüe del Bautista... Era la Edad Media, en efecto, y ya se sabe que los últimos sobrevivientes de una época, o de una doctrina, suelen ser los que combaten más frenéticamente.

Deja caer la cabeza áspera y huesuda sobre los libros santos y, al darle en la cara los ocres del ocaso florentino, parece un taumaturgo de la doctrina dulcísima y tan superior a la Humanidad, según aquel gran inquisidor de «*Los Hermanos Karamazov*», el cual dice al Redentor: «Te lo juro!... El hombre es más débil y más vil de lo que pensaste... ¿Puede, acaso, realizar lo que tú hiciste?... La gran estima en que lo tenías, le ha estorbado para alcanzar la divina piedad; has exigido demasiado de él... Lo amabas más que a ti mismo... Y si lo hubieras estimado menos, le habrías impuesto un peso más ligero, más en proporción con tu amor. El hombre es débil y cobarde...».

Savonarola era algo esquivo y dispar con sus tiempos, y ya vería lo que le aguardaba por meterse a restaurador de las costumbres, tarea extraña al Renacimiento, el cual, por lo demás, no produjo «ninguna personalidad verdaderamente grande». (Spengler).

El dominico empieza por enseñar y confesar: pero no tarda en subir a la cátedra sagrada, lívido y con los labios reseca. El hígado funciona seguramente mal; siente la boca amarga; tiembla como las llamas del tenebrario y predice la proximidad de la muerte, de la esclavitud, de la afrenta. Corren vientos de Apocalipsis.

Los fieles no caben en San Marcos; el profeta busca entonces más espacio; empieza a predicar en claustro abierto y la

sombra de los laureles y las rosas, orlan de negro su hábito blanco.

Nombrado prior, se niega, airadamente, a ir a inclinarse ante la Señoría, porque sus homenajes son para la Cruz: sólo se prosterna ante Dios y cuando llega para Lorenzo el Magnífico la hora del pesado arreglo de cuentas con la muerte, llama a Savonarola, se confiesa y pide humildemente la absolución de sus pecados, en los cuales hay un amplio surtido: doncellas «en flor», fondos birlados, inocentes asesinatos, lo cual le sería amnistiado porque quiso hacer de Florencia una nueva Grecia del siglo V... El Magnífico se arrepentía sinceramente de todo lo que no volvería a ser rosa de su jardín; pero como se negó a restaurar la República, fray Girolamo alzó su cogulla, recogió su rosario, metió las manos en las bocamangas, se mandó mudar sin absolverlo y volvió a sus prédicas: Renacimiento; pero renacimiento medioeval. Y nada de centauros y silvanos, persiguiendo ninfas y bacantes que, viniendo de Grecia, se habían metido en la Península de los tres mares.

Seguía, como se ve, la prédica ululante que desde las alturas de San Miniato y la cúpula octogonal de Brunelleschi continuaba a Roma, donde estaba en lo mejor el festín borgiano, a pesar de que Carlos VIII acampaba ya en el norte de Italia, cumpliéndose así las profecías de que no quedaría piedra sobre piedra.

Tomado por los acontecimientos, sale al encuentro de Carlos VIII y luego es investido de la jefatura de la ciudad incomparable, dispuesta en ese instante, como ciertas pecadoras, a tomar el hábito y a decir ¡adiós! a sus amores.

Desde ese momento, Savonarola mezcla la religión con la política—mala mezcla—; quiere, como cierto lejano sucesor sudamericano, una república presidida por Jesucristo y recusa al Papa en cuyas decretales salpicadas de vino chipriota, puso sus sandalias, anticipándose a las escenas de las bulas y las indulgencias que Lutero, el heresiarca, quemaría en Witenberg si-

guiendo fría e inflexiblemente hacia el no conformismo de la Reforma.

El Papa, haciendo gestos de Satanás en el Tabor, le había mostrado todas las tentaciones; pero despreció la mitra de oro refulgente porque no quería más que la Cruz y el amor de Dios. Nada más. Era, pues, irreductible el pobre fraile menor que se erguía con actitudes de crucifixión, viendo en el Pontífice Borgia, al Antecristo, predicho por los profetas mayores.

Alejandro VI cerró un ojo. . . ¡Ah, sí! . . . ¡Fray Savonarola quería algo más que una mitra puntiaguda! Y la mano temblorosa de Su Santidad mostró el capelo con quince borlas carmesíes.

El dominico insobornable tronó de nuevo como el león de los evangelistas y fulguró ante el ambiente orguiástico de la Roma borgiana una frase de pasión y muerte:

«No quiero otro capelo que el del martirio enrojecido con mi propia sangre».

El Santo Padre dió un puñetazo en la silla de San Pedro, retorciéndose su perilla de Mefisto. *Aspettare* . . . El dominico no tardaría en ver lo riesgoso que era encararse con los Borgia, en cuyo escudo aparecía un dragón devorando serpientes.

¡Qué no había dicho sobre el papado aquel fraile tremendo!

Un jueves gordo o de Carnestolendas, había hecho amontonar joyas, sedas, encajes; sicalipsis del indecoroso Boccaccio y sonetos del dulce Petrarca, y la pira, acusada de pagania, ardió, atizada por el verdugo.

Qué hacer, pues, con ese basilisco que en la hora esplendorosa en que renacía en Italia el *nudismo* pagano, venía a amargar la existencia decameroniana del Pontífice y su séquito patológico.

Savonarola fué llamado a Roma y su respuesta fué dar las espaldas. Entonces Alejandro VI, parodiando al diablo, cuando a éste le dió por vender cruces—costumbre que aun no pierde—, levantó la mano, prematuramente decrepita en que el santo anillo del pescador era un sacrilegio más, y expulsó al



dominico de la comunidad de la Iglesia. Se encendieron cuatro cirios de funeral y se leyó la excomunión a mata candelas «contra cierto fraile llamado Jerónimo Savonarola»...

Terminada esa ceremonia tan poco renacentista, el oficiante revestido de negro, sopló los cirios, metiéndolos en agua; los arrojó al suelo, los pisó y quedó vagando un olor humoso.

El excomulgado con ritual del medioevo, respondió pidiendo la reunión de un concilio para deponer a Alejandro VI. Entonces la Señoría florentina, solidarizándose con el mal Pontífice, prohibió las prédicas de Savonarola, el cual, acorralado en su convento, continuaba postrado ante una cruz, tosca y pobre y no de oro y piedras reales, como las del mal Papa. Excomulgado y todo, seguía acusando a Alejandro VI de no ser cristiano, sosteniendo que sus anatemas no tenían valor canónico alguno.

Un franciscano, amargado con la omnisciencia de Savonarola—, no hay peor cuña que la del mismo palo—, sostuvo, a su vez, la validez de la excomunión, y en prueba de ello, ofreció salir del fuego tan inmune como una salamandra.

El dominico desdeñó, finalmente, esa prueba de tinglado y entonces la chusma, harta de las admoniciones pavorosas de su predicador, cercó el convento san marquiano y exigió la entrega del profeta a lo Isaías, el cual salió atado camino del pretorio y de Pilatos.

Reunidos dieciséis escribas, asistidos por dos peritos en excomuniones mayores, empezó la pasión y muerte de Savonarola y se cumplió una vez más la máxima, ventruda y sanchuna, que manda no apartarse del rebaño lanar porque el que se mete a redentor sale crucificado.

#### IV

A tal vida, tal muerte: Savonarola vivió exaltando la Edad Media y terminaría de un modo notoriamente arrenacentista.



vale decir en la hoguera, siendo que la moda borgiana era el veneno. Pero esta vez se necesitaba algo más ejemplarizador que el cuchillo de Micheletto.

Aun no había pintado Miguel Angel, violento y doloroso, sus sibilas y sus profetas de Miserere; César Borgia, elegante y discreto, se diligenciaba un reino digno de él y Lucrecia—, la del «libido» freudiano que enciende todo el Renacimiento—, se mordía los labios, pintados con bermellón que parecía sangre.

Triunfaba, pues, el Renacimiento; pero para acabar de una vez por todas con el fraile visionario, que a su vez había sido algo tan extraño y disonante en medio de la crápula de fines del siglo XV, se iba a excogitar una *mise en scène* depuradamente medioeval. Habría horca y fuego y fray Girolamo, fray Silvestre y fray Domingo fueron condenados a la soga y a las llamas... Gran espectáculo para la chusma que se había retorcido de dolor al oír las prédicas de Adviento y Viernes Santo.

He ahí el viejo *palazzo* y la vieja *piazza* reteniendo hasta ahora la escena truculenta del profeta que fué un héroe sin genio; un Dante sin Beatriz; un cristiano, que, como toda la Edad Media, sólo había sentido el pavor del Juicio Final. No dejó doctrina; pero dejó el ejemplo de su inflexibilidad aterradora y por consiguiente acristiana, que reaparecería en el Jeremías y en las Sibilas de la Sixtina.

Antes de seguir a la plaza en que iba a desarrollarse la escena a lo Orcagna, los mártires se abrazan, como en la misa de Navidad: Savonarola se hallaba tomado ya por algo extraterreno; el con nombre *giottesco*—fray Silvestre—estaba despavorido y fray Domingo pedía, para ofrecerla a Dios, la muerte que lo hiciera sufrir más.

—«Muramos en silencio, hermanos» dice el profeta.

Como Cristo en la cruz, siente sed.

Quedaban algunas horas de vida, si eso era aún vida.

Savonarola «se tiende en tierra y pide como gracia a su confortador que le permita apoyar la cabeza sobre sus rodillas».

Finalmente, después de recibir la comunión—, formidable absorción de espíritu para el que cree—, los ajusticiados aparecen en la puerta del *palazzo vecchio* que había visto tantas cosas y que iba a ver la más tremenda. Las tres sombras tenían las manos atadas como «los esclavos» modelados años después por Miguel Angel—, otra alma de la Edad Media, como Savonarola, su maestro.

Los mártires se arrodillan ante el obispo que preside el acto desde un trono cubierto con un dosel de púrpura oriental, y agustinos y franciscanos llenan la *Loggia dei Lanzi* ocupada por las esculturas de Donatello, de Cellini, de Verrocchio.

Un «hermano» de los condenados, les arranca los ornamentos litúrgicos en señal de ignominia...

—«¡Mi hábito tan amado!»— dice Savonarola y su gemido se hace lágrima.

Brilla en el cielo un sol magnífico, sol de mayo—dice el autor—poniendo en su gran fresco una nota de luz florentina.

—«Te separo de la iglesia militante y triunfante»—clama el prelado dominicano que presidía la ceremonia, en que, en pleno renacimiento, entraba en funciones la Inquisición.

El fraile ajusticiado por sus hermanos de comunidad, de pie sobre las púas y los guijarros esparcidos exprofeso en el trayecto de los condenados, vuelve a negar a los fariseos; levanta orgullosamente la cabeza lívida, pero ya luminosa; se hacen más tensas las cuerdas que lo atan, y replica al mal prelado, que en ese instante representaba al Papa Borja y su trinca:

—«Sólo Dios es el jefe de la iglesia triunfante»...

Vocifera la canalla que antes se postraba a besar el cíngulo y las sandalias del gran fraile, y éste deja caer la cabeza armada de una mandíbula de pesadilla:

—«Muramos en silencio, hermanos»...

Un cuadro de Pollajuollo, guardado en el convento de San Marcos, pinta fielmente la pequeña masacre, contada a su vez en trozos insuperables por el autor de «Savonarola»:

«Los ojos de Fray Silvestre, vueltos por última vez a la multitud, se tornaron definitivamente al cielo azul».

Fray Domingo avanza lentamente, recitando cánticos; Savonarola reza el credo, y ya con la garganta atrapada por la soga, lanza una queja vagamente semejante a la de Cristo en la Cruz: ¡«Firenze... Firenze, qué has hecho»!

«Pendiente de una cuerda y envuelto en las llamas—agrega el señor Vicuña, aureolando la cabeza del mártir—el cuerpo flamea en el espacio como roja bandera de redención imposible».

Cercana la noche, y cuando las campanas florentinas daban el toque de oración, la multitud se dispersó cantando:

*«Cuanto e bella giovinezza  
che si sfuge tutavia...»*

Resonaban de nuevo los bandolines de serenata; temblaban de lujuria las sedas y las joyas que el fraile ojival maldijo y quemó donde mismo llameó su hoguera.

*«Cuanto e bella giovinezza»...*

El renacimiento sigue su curso, libre, inconteniblemente, como la vida misma, mientras las cenizas del fraile, hechas pavesas por el Papa Borgia, se helaban, al fin, sumergidas en el Arno que lleva sus aguas al mar Ligúrico.

Años después, otro Papa declaró irreprochables las obras de Savonarola, y su nombre calcinado fué incluido en el «*Servorum Dei Beatificatione*», postulando así para santo.

## V

Tales son los personajes y la época ubicados y enfocados a plena luz por el señor Vicuña.

—Escenas lejanas—dirá cierta ironía socarrona y provincial.

Es cierto: pero actualizadas por una multitud de comparaciones y asimilaciones con lo actual, porque no han variado tanto las costumbres y el hombre, que no continúen siendo perseguidos y hasta crucificados los que se meten a redentores.

Por lo demás, hasta haberse detenido alguna vez en Florencia para saber, y, sobre todo, para sentir que la ciudad renacentista por excelencia, continúa siendo la maravillosa intersección entre lo pagano y lo latino. Sólo en ella, el pasado no se abarroca, haciéndose siniestro y pesado.

Se explica, pues, que un espíritu tan depurado como el del autor, se haya sentido tomado, por el momento y el sitio en que se cruzaron dos edades, una de las cuales venía de Grecia, al paso que la otra pretendía prolongar la Edad Media.

Recuerdo perdurablemente cuando oí gritar ¡«Firenze»! en medio de mi camino y de mis treinta años. Hay momentos en que la impresión se hace silencio y hasta temblor, al llegar, al fin, a lo que se ha esperado tanto.

¡El renacimiento a la vista!—como diría Ortega—con sus frases ahitas de sugerencias, y en las cuales se alquitara, de una manera muy especial, lo tudesco y lo meridional.

Me detuve unos días, afanado en estampar en el espíritu, las imágenes que ahora han salido desordenadamente del montón de impresiones, desdibujadas o descoloridas, que se creen perdidas cuando sólo están diluídas o dispersas.

El autor traza el conjunto del siglo XV italiano, destacando las dos figuras centrales y antagónicas de la época, aun explotable, que enfrentó a un Borgia suntuoso y amoral, con un fraile menor: este, intentaba tardíamente volver al *Stabat Mater*, y a lo puramente penitencial, mientras el Pontífice maquiavélico se hartaba de vicios y de opulencias, convirtiendo la doctrina dulcísima en algo patológicamente lúbrico.

Ante tal espectáculo, enmarcado en el Vaticano, tenía que surgir y surgió una beligerancia enconada, que primero sería el

ultramontanismo de Savonarola, y después, la reforma de Lutero.

La lucha de esos dos personajes, violentamente antitéticos, el fraile y el Pontífice, necesitaba un escenario colocado en lo más hermoso de la península, que se alarga hacia Grecia.

El renacimiento pontificaría en Roma, que abarroba todo lo que llegaba a ella y la Edad Media, encendería su tenebrario a orillas del Arno, entre parras, olivos y cipreses, que estaban empavesados de blanco y de verde, cuando la hoguera hizo de Savonarola una llama—, lo que siempre fué.

Me atrevo a insinuar que Rodrigo de Borja, habría estado mejor ubicado en Florencia, con sus verdes y sus azules de paisaje, dejando Roma y el circo máximo para la crucifixión del fraile en que no había nada de renacentista ni de florentino.

En Firenze—nombre de *cantoria*—no hay termas ni coliseos. La ciudad viene bajando de los Apeninos; está en medio de un paisaje y unos colores que fueron los de los guelfos y los gibelinos, y aun quedan balcones del *quattrocento* en que el Romeo de Bandello y luego de Shakespeare, podría colgar en la noche su escala de seda.

Firenze no era un sitio adecuado para atizar hogueras y tragedias. Sin embargo...

La enmarcan el Prato, San Giovanni, Signa, Chianti Fiésele, cuna o paleta de frailes pintores, que lo veían todo azul y con una nube meciéndose en el cielo de Anunciación.

He vuelto de nuevo—y no sé como agradecerlo bastante al autor del «Savonarola»—a la ciudad que se cruzó en mi camino cuando iba a Roma con una lira en las manos—todos somos poetas a esa edad, y otra en los bolsillos de oficial de Legación...

He vuelto, pues, a entrar a la capilla de los Médicis a la hora en que las campanas de San Miniato llaman al *poverello*, que camina seguido por las golondrinas que revuelan formándole una aureola *ghiottesca*.

Cuando un libro aviva así la sensibilidad estética, es porque en realidad se trata de una obra de arte suscitadora de sugerencias estupendas.

Santiago, febrero de 1935.